

Hugo Rolando Cortés 1932

Memorias de memoria

Abre este libro de Alfonso Calderón y da cuenta de él rápidamente, es asomarse en puntillas a esa parte no tan inviolada, según entendemos, de la vida íntima de quienes desfilan por sus páginas. Calderón tiene, en este sentido, el valor del testimonio directo, su amistad, algún grado de licencia para revelar, de pronto, dentro, esas indiscreciones que, confesemoslo, todos deseamos conocer con un aliento de placer intrometido. Por eso el género de las memorias tiene su público, que espera siempre una revelación que dé por tierra con el personaje que se recuerda, que algo muy oculto pueda filtrar en las confesiones del memorialista. Y la cosecha que Calderón ha hecho no puede ser más atractiva. Véanmos Neruda, Arevaldo Hernández, Díaz Hamar, Gabaldó, Mistral, Eduardo Cruz Coke, Otero Luco, Jaén Uribe, María Luisa Bombal, De Rokha...

Mirado muy por debajo de la solemnidad y los éxitos que le dieron siempre un aire de lejanía, como recién caído del Olimpo, Neruda era, después de todo, un gran niño, rodeado siempre de gente que se empeñaba en suntuificarlo en vida. En cuanto podía, se escapaba de su condición de linda poética y convertirse en un juguete adolescente. Alfonso Calderón recuerda desde *Ilusión Negra*: «Alguna vez un compañero de Luis Oyarzún, Neruda visita Londres. Los lleva el deseo de encontrarse con Sherlock Holmes. Un noche de niebla buscan algunos carriages en los cuales se arrollaban el famoso detective. Miran al interior de cada coche que veían, abuecan la voz, ponían las manos en forma de bocina y gritaban: "Sherlock Holmes! ¡Plástis aquí! Nunca, en verdad, lo encontraron, pero muchas veces, no sólo en Baker Street, dieron con el doctor Watson, en procura de un paciente, con su maleficio.

Ni Oyarzún ni Neruda hacían mayor cuestión de los transeúntes asombrados que no les perdían mirada.

«Y cuál era su sistema de trabajo? Antes de comenzar a escribir despeja la amplia mesa, elige las cuartillas de color (verde, amarillo, azul, rosado, ocre, café muy claro), nunca blanco. Luego echa mano a unos plumones delgados y después da algunas vueltas alrededor de la mesa elige la silla y se instala. Requerido a responder por el rechazo del papel blanco, alega que ese color lo llena de

"Neruda era, después de todo, un gran niño, rodeado siempre de gente que se empeñaba en mitificarlo en vida".

modorra, lo pone en aprietos y prefiere imaginar que el papel es una flor, un diamante, un trébol, el lomo de una escopendria. Eso lo hace, segura parece, entrar en trance de creación y ya no es posible detener su voluptuosa fantasía.

Todos sabemos, con mayor o menor precisión, el lastidio que crecía incontenible en la sociedad de Gabriela Mistral, cuando evocaba su azarosa vida de niña provinciana. Con el tiempo, ese énimo que proclamaba sin mezquindades a los maestros de turno, fue convirtiéndose en una especie de freno, en latido apagado, longanizo de yaraví que, con cierta dosis de masoquismo, no apartaba del todo. Se diría que los agravios recibidos de pequeña y ya mujer, era relatoz de una cuenta que no deseaba saldar. De vuelta a su tierra, en 1954,

si veía un cura, recordaba que le impidió el ingreso a la Escuela Normal de La Serena; si se aproximaba a una anciana ciega y pequeña, absorta ya por los años, comentaba que por cierto no la olvidaba: era la directora de su escuela rural cuando fue expulsada antes de cumplir los 10 años.

Así, hasta el día que regresó definitivamente a su tierra soleada. No dejaba jamás de apartar y acercar ese cálix que contenía tribulación y calvario.

De Rokha estremeció la vida literaria desde que tuvo su nombre alguna figuración. Decía a voz en cuello lo que pensaba y esto, démoslo por descubierto, hierió la sensibilidad de mucha gente. Además, su poesía iba a la par con su vida y sus costumbres, sobre todo gastronómicas. Allí están la «Rotología del poroto», «Campamento de raya» o la «Epopeya de las comidas y de las bebidas en Chile». Todos estaban enterados de que ya asistió con Pablo Neruda se fue alejando hasta convertirse en una lamentable invectiva casuística. Oídos y lenguas malhabladas echaron leña a la hoguera. No faltan jenes.

Cuando lo fue otorgado el Premio Nacional de Literatura, después de habersele regateado largamente, Eugenio González, ese maestro señorío, miembro del Jurado que lo distinguió, y entonces Rector de la Universidad de Chile, lo invitó a visitarlo. Deseaba que dieran término a esa rémilla odiosa. «Bueno, Pablo, le hablé en su tono cariñoso que le distinguía. Ahora que estás tú solos, que no hay testigos, uno ya es Premio Nacional, y que hemos envejecido dignamente, digánselo si crees usted que Pablo Neruda es también, al igual que usted, un gran poeta». De Rokha pensó un momento y replicó: «Si compasiero Eugenio, así es. Se trata de un gran poeta... de tercera categoría».

Memorias de memoria [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de memoria [artículo] Hugo Rolando Cortés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile